

¿En qué se han convertido los intelectuales...? A propósito de dos libros recientes de Shlomo Sand, y de Maximiliano Fuentes y Ferrán Archilés (eds.)*

Elena Hernández Sandoica
Universidad Complutense de Madrid

Los dos libros que aquí comentamos abordan lo que posiblemente es un objeto tópico, inseparable acaso de los estereotipos de lenguaje que, a lo largo del tiempo, han ido modulando la compleja inserción de los intelectuales en el espacio público; los intelectuales —y muy cercano el concepto previo de *intelligentsia*—: ese grupo social cuya percepción de particularidad individualizada, en razón del poder de la palabra, excitaría en sus componentes una extrema percepción de su capacidad de implicación política. Una *hybris* quizá, o una conciencia sobredimensionada del poder de influencia que les era otorgado por su vinculación al intelecto y el saber. Especialmente en el caso francés, aquel que sirvió, desde finales del siglo XIX hasta bien avanzado el siglo XX, como referente principal y ordenador de modelos.

Por eso comenzaremos indicando que el historiador israelita Shlomo Sand expo-

* Es reseña de Maximiliano Fuentes y Ferrán Archilés (eds.), *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política*. Madrid, Akal, 2018, 376 pp.; y de Shlomo Sand, *¿El fin del intelectual francés? De Zola a Houellebecq*. Madrid, Akal, 2017, 242 pp.



ne en el volumen rotulado *¿El fin del intelectual francés?* una interpretación crítica y muy aguda de este particular recorrido específico, interrogándose por el declive del rol social y político de la categoría «in-

telectual» en un país que él bien conoce, Francia, y aportando razones convincentes y matices sutiles a la motivación principal de su argumento. A saber: que corresponde al intelectual de nuestro tiempo (y como tal asume él mismo su condición de historiador) la tarea de «desintegrar» las mitologías —y la imagen construida por muchos de los propios intelectuales franceses no serían otra cosa, a su juicio—, con el fin de lograr y «producir una inteligencia más elaborada» (p. 17). Se inscribe de este modo Shlomo Sand en el punto nodal de la discusión abierta en el país vecino desde hace varias décadas acerca de la situación de los intelectuales en Francia, una cuestión que suscitó (y en general suscita todavía) una abrumadora atención mediática y editorial que, de rebote, se recibió en otros lugares —entre ellos España—, como eco y reflejo. Con eficacia Sand, dejando a un lado la pasión autorreferencial, y un tanto lastimera, con que los franceses mismos suelen abordar la situación, nos ofrece una mirada compleja —y ciertamente que «comprometida» con planteamientos de izquierda— en su abordaje del panorama francés desde los orígenes, remontándose en el análisis más de cien años atrás.

De Émile Zola a Michel Houellebecq, desde el grito emblemático *J'accuse* hasta llegar a Finkelkraut o Zemmour media un abismo, ello es evidente. Sand desgrana ese tránsito ciñéndose a los contextos de cada tiempo escrupulosamente, apoyándose en la distinción de Bourdieu entre pensadores (los *verdaderos* intelectuales, si se quiere) y periodistas —dos cuerpos enfrentados sociológica y políticamente, en competencia permanente por el mismo poder, el que da la posesión del lenguaje y la palabra—, al tiempo que va reinterpretando a la luz de los cambios el asunto Dreyfus (1898), el mito originario. Desde esa consideración esencial como batalla política, preñada del

conflicto latente por imponer una definición nacional identitaria, y siempre de un modo u otro de manifestación xenófoba, el autor israelí ilumina a su vez, comparativamente, el desdichado asunto del *Charlie Hebdo* (2011). El resultado es un libro de composición variada, siempre sugerente en sus distintos capítulos, que en ningún momento pierde unidad intencional a pesar de la diversidad que lo compone. Y que contribuirá seguramente a realizar una lectura más fructuosa e incisiva del otro libro que comento ahora, y del que, por su apretada diversidad de contenidos, voy a ocuparme separadamente. Ambos han sido publicados por Akal, de larga trayectoria en su propia presencia editorial ante el compromiso publicístico. Pero antes de dar noticia de *Ideas comprometidas* vendrá bien un pequeño preámbulo.

El compromiso

La izquierda política nos había acostumbrado en la segunda mitad del siglo XX a esperar, de parte del intelectual, un *compromiso* cierto y sistemático, una actitud de pulso sostenido frente al poder, un reto *vigilante* que ejerciera crítica permanente y que permitiera, quizá, la influencia de los más respetados representantes del colectivo humanista y científico en aquel (una acción reformista y democrática, a favor de la justicia política y social). El desvanecimiento u opacidad de esta función —su negación incluso—, evidenciaría los progresivos cambios socio-profesionales y políticos de estatus e influencia que han ido dándose y configurando sucesivos perfiles: los intelectuales son, como bien dicen Maximiliano Fuentes y Ferrán Archilés en su introducción a *Ideas comprometidas*, una «especie en constante evolución» —podría añadirse que, implícitamente, se trata de una especie *en decadencia*.

Una pérdida de representación en el espacio público y ante las audiencias que, como es bien sabido, iría dando lugar, desde hace ya décadas, a todo tipo de lamentos por parte de los más conspicuos representantes de una élite, la cual estaba tardando mucho en comprender que ya no constituía tal cosa, o no lo era de la misma manera y privilegios que había gozado en tiempos de la guerra fría y, aún más quizá, en el previo periodo de entreguerras. En tanto, era infrecuente desde el horizonte progresista atender a otras voces que, como el filósofo polaco Leszek Kolakowski (*Intelectuales contra el intelecto*, 1986) afirmaba, ya en los años setenta, que los intelectuales «no han sido llamados a gobernar el mundo», sino a «preservar la cultura intelectual humana y transmitirla como patrimonio común» (p. 114). Faltaba poco tiempo, sin embargo, para que desde otros contextos (los angloamericanos) se desplegaran debates diferentes —que, hay que advertir ahora, ninguno de estos dos libros que comento presentan o sugieren— sobre el papel de los intelectuales —sus propios colectivos— y, lo que quizá es el mayor defecto de mirar solo al caso francés, olvidan la incidencia directa sobre esa evolución de los cambios habidos en la universidad, su personal y sus funciones^[1], así como la pugna ideológica interior al estamento que marcaría sobre todo los 80 y 90 del siglo XX^[2]. Precisamente por entonces también se iría desvelando ya no solo la colaboración o participación explícita de muchos de esos intelectuales en acciones políticas autoritarias, dictato-

riales o totalitarias, tanto de derechas como de izquierdas (paradigmático a veces, como sucede en Paul de Man, el ocultamiento y el engaño, y siempre controvertido en las posturas el caso de Heidegger), sino que saldría a la luz la incómoda ambigüedad de alguna de aquellas conductas ante cuestiones cada día mas candentes en su consideración de arma ideológica, como el colonialismo, el racismo o la sexualidad.

Sea como sea, lo cierto es que ha sido progresivamente aceptada una postura menos ambiciosa que la del compromiso, más modesta y pragmática si se quiere así verlo, pretendidamente justificada —explícitamente o no— por los vertiginosos cambios tecnológicos y por una transformación cultural que se admite regida por el mercado y por la fluidez cambiante de la imagen, que lo domina todo y se superpone a la palabra. Terminaría por ser asumida la función profesional del intelectual como «productor de cultura» —y no como reactivo político del cambio—, y es cada día más frecuente el encontrar estudios que reinterpretan de modo crítico, *a contrario*, aquella función pública y política del intelectual, su antes apreciado *compromiso* en la defensa de la justicia y la verdad.

Por eso reconforta el leer dos textos como los aquí comentados, que abordan, de manera formalmente distinta, una inquietud común: ¿cómo es que ha sucedido esa evolución hacia el *no-compromiso*...? Y ¿qué cabe esperar de quienes detentan la palabra y el conocimiento en el futuro...? Un futuro que es un puro presente, en medio de la insistente liquidación del modelo de implicación directa de personajes públicos del panorama cultural (escritores, artistas, mucho más claramente profesorado de enseñanza superior y, especialmente, científicos de renombre) en cuanto al control y la crítica de las prácticas y actuaciones del poder político. Un modelo que se desdibuja

1.- Intervención, esta de la «academización del intelecto» como causa de la desaparición de la escena pública de los intelectuales, que ya desarrolló Lewis Coser en 1965 en su obra *Men of Ideas*. (En castellano: *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1968).

2.- Una recopilación de estudios a este respecto interesante en Bruce Robbins (ed.), *Intellectuals. Aesthetics. Politics*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1990.

por momentos, salvo que algunos de aquellos se incorporen al circuito cerrado de los *mass media*, el terreno ampliado de aquellos que aparecen, a la hora presente, como ganadores con ventaja de la competición.

Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política

Con este acertado título —que evita los protagonismos personales y la usual convención de centrar la mirada en el estereotipo, *el intelectual*—, los editores de un texto colectivo, Maximiliano Fuentes y Ferrán Archilés (universidades de Girona y Valencia respectivamente), aciertan a representar fielmente lo que el libro que versa sobre *Los intelectuales y la política* contiene: una reflexión plural sobre la gestación y encarnación de las ideas en actores políticos y culturales que las pusieron al servicio de la batalla ideológica, en cada momento y lugar. Se trata así de un conjunto de estudios de autoría diversa, con firmas en su mayor parte conocidas del lector español, y con una clara intencionalidad común: contribuir, en esta nebulosa de las *fake news* y la democracia en asalto o sospecha, a entender la posible tarea y funciones del intelectual activo —un intelectual que aparecería ya como «experto» o «específico», según la terminología impuesta desde los años ochenta—, frente al constante vaciado de sentido y *verdad* (o de autenticidad) en los discursos y acciones políticas, y ante la inversión especular de la representación.

Los diversos capítulos han sido escritos por Gisèle Sapiro, Paula Bruno, Patrizia Dogliani, Enzo Traverso, Ismael Saz, Albertina Vittoria, Jeanyves Guérin, José Neves, Ángel Duarte, Giaime Pala, Carlos Aguirre y François Hourmant, además de los propios editores, Fuentes y Archilés. Autoría plural que, a lo largo de las diversas intervenciones, irá abordando, a distinta escala



(bien colectiva o individualizadamente), episodios y actuaciones, de alto interés todos y cada uno, de la historia intelectual europea y latinoamericana. Están presentes a lo largo de sus páginas, de manera obligada, referentes como son Marcel Winnock, Christophe Charle, Pierre Nora, Wolf Lepenies, Stefan Collini, Michel Trebistch, Gérard Noiriel..., y desde luego, inevitablemente, las tres mayores figuras del panorama filosófico y sociológico francés de las décadas que median entre 1950 y 1980: J.P. Sartre, M. Foucault, y P. Bourdieu.

A partir del deterioro constante —desde aquel mismo punto de los años 80— del valor social y político del intelectual como protagonista de acciones críticas, de acciones *comprometidas* en la esfera pública, la reflexión acerca del declive ha sido percibida como una preocupación propia de la vecina Francia, sobre todo, de su estructura

cultural y de su conformación sociopolítica, si bien justo precisamente cuando, al otro lado del Atlántico, la llamada *French Theory* —algunos de los nombres más famosos de la escena intelectual parisina— conseguiría imponer y extender el triunfo académico de la deconstrucción y la posmodernidad, una corriente que triunfó inicialmente en las universidades y medios académicos norteamericanos más que en la propia Europa.

No es casual así, en cuanto a la concepción del asunto por parte de los editores del volumen, que dos de los ensayos de este libro conjunto —el que lo abre y el que lo cierra— sean de autoría francesa y se ocupen precisamente de aquella propia y específica realidad sociocultural. De un interés metodológico especial es, a mi juicio, el artículo que enmarca el conjunto, de la socióloga francesa Gisèle Sapiro («Modelos de implicación política de los intelectuales: el caso francés»), consistente en la versión castellana de un texto original de 2009³ que, siguiendo al Pierre Bourdieu de *La distinción*, aborda una tipología y ordenación de los intelectuales franceses, sin dejar la autora de sostener que la incorporación de las mujeres al campo intelectual no habría supuesto cambios radicales en las formas de implicación política tal y como las configurarían los varones. Un sugerente capítulo que vendría a completarse con el último de los textos aquí incluidos, a cargo de François Hourmant y con el título «Bajo la prueba del desencanto. La desaparición del intelectual de izquierdas y la recomposición del campo intelectual francés».

Este otro texto se ocupa por su parte de narrar los cambios acaecidos en el panorama francés después de mayo del 68, recorriendo desde la desaparición del in-

telectual *profético* sartriano al intelectual *mediático* de los años ochenta en adelante —bajo el imperio mediático de personajes como Bernard-Henri Lévy, y tras unas cuantas apariciones del intelectual *específico* de Foucault y el intelectual *colectivo* de Bourdieu. Es una lástima que el texto de Hourmant cierre su prospección justo en esos años ochenta en que se asume y comparte, dando por clausurada la ambición precedente, aquella renuncia generalizada del campo intelectual a su función profética, a la tarea colectiva de dirigirse al poder directamente para *decirle la verdad*... El libro concluye también de este modo con la pregunta implícita de qué es ya precisamente, a estas alturas, un intelectual —cuál sería su misión e interés—, y si es que esa tarea se ha debilitado tan intensamente porque también lo ha hecho la autonomía política del marco territorial y cultural en que esta habría sido concebida, el estado-nación.

Con el conjunto de los textos reunidos, Fuentes y Archilés han logrado encajar un marco de interpretaciones bien articulado, que aborda asuntos claramente diferentes, todos ellos de gran interés. Destaca la variedad de las temáticas, formuladas en contextos amplios. Así, se revisan asuntos clásicos, como la inflexión de los intelectuales europeos ante la Gran Guerra (Maximiliano Fuentes Codera), o la postura de los socialistas de la inmediata posguerra ante el nacionalismo y el internacionalismo (Patrizia Dogliani), y otros menos conocidos acaso del lector español, como la posición panamericana ante el conflicto (Paula Bruno) o la específica adscripción cosmopolita de los intelectuales judíos (Enzo Traverso), además de ofrecerse un recorrido amplio por la idea y la práctica revolucionarias en América Latina en las décadas de 1960, 1970 y 1980, que hace Carlos Aguirre.

La intelectualidad en España en la primera mitad del siglo XX, objeto más tra-

3.- La versión original se incluye en el libro editado por Gisèle Sapiro (dir.), *L'Espace intellectuel en Europe. De la formation des États-nations à la mondialisation XIXe-XXe siècles*. Paris, La Découverte, 2009, 401 pp.

tado en la historiografía española y de especial cultivo entre los hispanistas, desde críticos literarios como los franceses Carlos Serrano o Yvan Lissorgues —excelentes conocedores de nuestro «fin de siglo» literario, por poner algún ejemplo, o el de Paul Aubert, cuyo trabajo global sobre el campo intelectual sigue sobresaliendo—^[4], a especialistas españoles varios, como Santos Juliá, Francisco Morente, Jordi Gracia y otros centrados en la configuración intelectual catalana, como Jordi Casassas, recibe a la luz del historiador valenciano Ismael Saz una consideración específica de largo alcance (1898-1945), un recorrido que el autor articula a través de la oscilación constante de nuestro colectivo intelectual entre liberalismo y antiliberalismo.

Otros dos textos del volumen reconstruyen derivas específicas del comunismo de partido (el PCI y el PSUC), a cargo de Albertina Vittoria y Giaime Pala respectivamente; y como no podía por menos de ser, aparece también en el volumen la obligada atención a ciertas biografías intelectuales. Hay así un muy hermoso texto sobre Camus, a cargo de Jeanyves Guérin, que lo conoce bien, y una incisiva reflexión sobre Sartre a cargo de Ferrán Archilés. También da cuenta el volumen de la interesante trayectoria del portugués António José Saraiva (por José Neves) y Ángel Duarte aborda una lectura política del psiquiatra gaditano Carlos Castilla del Pino.

El refuerzo del sentimiento y convicción como ciudadanos activos en una democracia —la profunda asunción y convivencia, en los intelectuales, del concepto de *ciudadanía* como cualidad paralela a la del *conocimiento*, siendo este último, con todo, el que confiriera a sus poseedores el estatus de intelectual, o de «científico», como pre-

fiere decir Castilla del Pino—, constituye la fórmula para abordar la pérdida de aquella *auctoritas* que, en su momento, disfrutara Ortega en cambio olímpicamente, cuando revisaba en escritos de género ensayístico todo «aquello de lo cual no era protagonista, sino espectador». En 1988, cuando Castilla escribe sobre esta circunstancia, lo encuentra «ridículamente intolerable» para los públicos de aquel momento, que aspirarían a su entender a un designio preciso de especialización^[5]. Treinta años después podríamos sin embargo lamentar, con todo fundamento, que su diagnóstico no se cumplió del todo: los medios de comunicación y una parte creciente de la clase política se encargan insistentemente cada día, a través de la frívola práctica del comentario acerca de todo y sobre todo —reproduciéndolo y reenviándolo sin los debidos filtros de veracidad—, de negar y de desafiar aquel principio de «cientificidad» y autoridad moral que anunciaba, como de exigencia inmediata, el conocido psiquiatra.

De traiciones y crepúsculos: la deriva histórica del intelectual francés

En 1987, en su *Elogio de los intelectuales*, Bernard-Henri Lévy se preguntaba si no sería cierto que, en los diccionarios del año 2000 el término intelectual iba a ser definido como «nombre masculino, categoría social y cultural nacida en París en el momento del *affaire Dreyfus*, y muerto en París a finales del siglo XX...» La obsolescencia de la función del intelectual comprometido fue de esta manera decretándose e interiorizándose con una facilidad imprevista,

4.- Paul Aubert, *La frustration de l'intellectuel libéral. Espagne, 1838-1939*. Cabris, Éditions Sulliver, 2010, 378 pp.

5.- Carlos Castilla del Pino, *Temas. Hombre, cultura, sociedad*. Barcelona, Península, 2002, citado en Ángel Duarte, «El intelectual comprometido en España (décadas de 1950 a 1970). Algunas consideraciones a cuenta de Carlos Castilla del Pino y de una instantánea», en M. Fuentes y F. Archilés (eds.), *Ideas comprometidas...*, p. 257.

aunque no sin levantar oleadas de público lamento a cargo de los afectados más conocidos y de mayor visibilidad.

Shlomo Sand hace descansar la especificidad francesa en una inusual capacidad del Estado, históricamente, para centralizar y potenciar la vida cultural del país en la capital, París, y desde allí mostrar la pujanza de la lengua, su excepcional valor social: es la francesa una sociedad donde el nivel de lenguaje constituye en sí mismo «una ideología pura», y en la que «la distinción cultural continúa situándose en competencia con la distinción social» (como puede leerse en la página 21), y en un espacio donde las «provincias» siguen situadas en renglones más bajos de sofisticación intelectual. Desde París irradiaría en efecto ese deseo de compartir el poder tan extendido entre intelectuales de todo origen y lugar, y que por otra parte «ha sido siempre un componente mental bastante extendido» (p. 37).

En un espacio público que, como venía siendo lo usual, dominaban periodistas y políticos, irrumpieron coyunturalmente los intelectuales parisinos a la altura del quinquenio 1894/1898, logrando una victoria temporal. Y lo hicieron, sostiene Sand, ayudados por la alianza que se establece en Francia, en aquellos momentos, entre los *dreyfusards* y las elites radicales y socialistas, en una especie de revolución cultural y política sin paralelo, ya que en otras culturas liberales «las relaciones se fijaron en justas más edulcoradas, menos dramáticas, menos ideologizadas, y que concluyeron con las victorias menos terminantes de los ‘grandes’ intelectuales» (p. 70).

Son muchas las apreciaciones críticas que atraviesan este texto complejo de Shlomo Sand, un texto que el propio autor confiesa, con desarmante sinceridad, que no sabe cómo terminar (p. 175), porque no

consigue «decodificar correctamente el presente fluido» y porque, además, es prisionero de un «pesimismo que (me) envuelve». Un pesimismo que nutren las mutaciones morales del presente cultural que vivimos, y cuya intencionalidad desmitificadora se halla en las antípodas de la rabia descalificadora y, con frecuencia mezquina, que inspiraron en su día, a finales de los años 80, las abultadas páginas críticas de un libro de Paul Johnson, muy aplaudidas y aireadas en la era del auge británico neoliberal. En aquel texto, *Intellectuals*, aboliendo de un plumazo su pasado de militante de izquierdas, Johnson se aplicaría con inquina a desmontar la imagen prevalente de personajes tan dispares como Rousseau, Marx, Ibsen, Tolstoi, Hemingway, Brecht, Rusell, Sartre, Wilson, Gollancz... Y cómo no, de dos mujeres: las dos inteligentes e infortunadas, Mary Shelley y Lillian Hellman^[6].

«¿De dónde surgirán los intelectuales del mañana?», se pregunta y nos pregunta Sand, «¿de la universidad o de sus márgenes..., si no de sus escombros?» (p. 176). Puesto que, intentando imaginar el futuro los intelectuales son, como en cualquier otra actuación, «juez y parte», como reconoció Bourdieu; porque aquella «autonomía relativa» que, en su reclamo frente a los poderes públicos iba a marcar el nacimiento del intelectual sigue siendo ansiada, a esta hora, por una parte —si bien no hegemónica— de tal categoría socio-profesional; y porque, más aún, su papel en la esfera pública se liga, indisolublemente, a fluidas percepciones intersubjetivas de posicionamiento y de estatus social, es claro que la discusión en torno a estas cuestiones seguirá siendo objeto de controversia por mucho tiempo, y abierta permanecerá, con más o menos aguda incidencia.

6.- Paul Johnson, *Intellectuals*. Madrid, Homo legens, 2008.